



Contar las experiencias en el aula de Secundaria

Julián Arroyo.

GARCÍA MORIYÓN, F., *Pregunto, dialogo, aprendo. Cómo hacer filosofía en el aula*. Ediciones de la Torre, Madrid 2006, 302 páginas.



García Moriyón es un veterano catedrático de filosofía de Instituto desde 1975. Su experiencia es ya dilatada, pero la ilusión, entrega y dedicación es la misma que cuando comenzó. Esto es sorprendente y nada común. Y no podemos decir que lo tenga fácil - como cualquiera, claro-, porque, además, en el Instituto “Avenida de los Toreros”, donde ejerce ahora, el alumnado emigrante se encuentra en porcentajes superiores al 70%.

Este libro da cuenta de su experiencia profesional, que supera los treinta años de servicios. Lo dedica a sus alumnos: "Siempre iguales, siempre distintos". Así es ciertamente. El libro es producto del aprovechamiento de una licencia por estudios concedida por la Comunidad Autónoma de Madrid.

Creo que se trata de un trabajo de investigación en regla, bien planificado, que ofrece múltiples sugerencias y cuyo título, en mi opinión, no hace justicia al contenido, aunque sea muy *lipmaniano*. El autor, al que no le importa proclamar verdades y enorgullecerse de ellas, cuando es necesario, se muestra aquí demasiado humilde y se ha quedado algo corto con eso de "pregunto, dialogo, aprendo".

Cuántas veces nos quejamos de que haya tan pocos profesores de Secundaria -y de filosofía, especialmente-, que cuenten lo que realizan en las aulas, como si les pareciera tan poca cosa lo que se hace que no se atrevieran a divulgarlo. Lástima no poder aprovechar tantas experiencias valiosas. Pues aquí sí encontramos este conjunto de experiencias. García Moriyón nos dice cómo hace filosofía en su aula. Y lo cuenta con perspectiva investigadora, apoyándose en material de calidad y actualizado. Por eso hay que leer este trabajo y debatirlo. Vale la pena. Otra cosa es que uno esté de acuerdo con algunas de sus tesis y puntos de vista. ¿Quién no sabe aquello de “amicus Plato...”? A explicarlo vamos.



La apertura es ambiciosa: se pregunta por los *objetivos de la educación*. Ahí es nada, aunque parece absolutamente necesario, especialmente ahora, cuando el neoliberalismo se mete por todos los poros del cuerpo. Me fijo en dos, que me interesan mucho y con los que coincido. Uno es que no basta escolarizar –siendo imprescindible, claro–, sino que hay que educar. El otro es que frente a la línea elitista de la selección es necesaria la legitimación democrática. Creo que está señalando acciones mediocres que también se nos han colado. Además, no hemos sabido hacer las cosas con la mínima perspectiva, consiguiendo que la escolarización se haya visualizado como un ‘deber’ y que existan personas que se resisten. No se trata de un deber, es, más bien, un derecho que se debe mantener.

En cuanto a la legitimación, afirma García Morrión que “un buen sistema educativo tiene que dar legitimidad democrática a una sociedad” (página 40). Sí, pero esto de la legitimación es mucho más complejo. Entiendo que el tema no se pueda desarrollar en un trabajo como éste, pero sí podrían apuntarse otros enfoques.

También me parece ambicioso el segundo capítulo, en el que analiza el *proceso de enseñanza/aprendizaje*. Claro, luego nos deja rasgos generales, apunta quejas que evidencian nuestras miserias, como es el caso de la utilización del castigo como modelo de aprender. Lleva razón. Otro de los apuntes que me interesa es lo que denomina “diseñar procesos de aprendizaje en el aula” (página 56). De acuerdo en el tema, pero las condiciones de trabajo e incluso la formación del profesorado no lo permiten, sinceramente. Aquí me gustaría que fuera mucho más combativo y exigente con nuestras autoridades educativas.

Crítica también García Moriyón el tema de la carrera docente, cuya formación inicial es lamentable, siendo todavía “más grave” (página 65) en Secundaria, donde se aprende como se puede y se enseña igualmente lo que a uno le dejan, que todo hay que decirlo. Por último, eso de que la educación es “un profundo acontecimiento ético” (página 77) expresa una idea hermosa, pero yo prefiero ser en esto bastante más prosaico y realista, porque en el proceso de educar podemos hacer unas propuestas bastante limitadas, cuya consecución es mucho más limitada todavía.

En el capítulo tercero se toca la cuestión de los *libros de texto*, de los que afirma el autor no ser fácil “zanjar la polémica” (página 89). Desde luego que no lo es, porque por muchas críticas que puedan hacerse se trata de un recurso del que es imposible prescindir con las condiciones de trabajo disponibles y las escasas facilidades de



elaboración de material y su transmisión en nuestros centros. Se consume más dinero que nunca, cierto, pero continúa siendo bien escaso. Las mismas condiciones físicas y arquitectónicas son muy lamentables. Las duras situaciones tanto de frío como de calor que se dan en las aulas, todavía en el siglo XXI y con un buen nivel económico en el país, son una vergüenza. Pero parece que continuaremos mucho tiempo aún en esta línea.

Lo de las *unidades didácticas* empezamos a practicarlas desde la LOGSE, con un importante sobreesfuerzo por parte del profesorado, que aprendió a elaborarlas y las puso en práctica, pero no se pudo resistir permanentemente el envite. Fue una desgracia, porque no se repetirán, acaso, situaciones tan favorables e ilusionantes. Ahora con la LOE nadie se inmuta, ni un murmullo se deja oír. No sé si es que ya las cosas no tienen arreglo, o estamos hartos de casi todo.

Los capítulos tercero y cuarto los dedica García Morrión al asunto de la *enseñanza de la filosofía*. Sigue a vueltas con los tópicos de filosofía y filosofar, la importancia de procedimientos y destrezas, los reduccionismos en la actividad filosófica, lo de la Historia de la filosofía y la Historia de las ideas e igualmente la investigación filosófica. Esto último es otro de los ideales kantianos que permiten exigirlos como postulado, pero lo cierto es que la Administración cada vez que se le saca el tema de la investigación para Secundaria (y Primaria, ¿por qué no?) te mira como si fueras un extraterrestre. O sea que nada, eso queda para los niveles universitarios. Por otra parte, veremos cómo afronta el nuevo Estatuto del profesorado la carrera docente, que, probablemente, quedará en unas cuantas pinceladas para que no protesten las representaciones sociales.

El carácter crítico de la filosofía lo matiza mucho García Morrión, diciendo que “no es la única disciplina que se caracteriza por ese proceder” (página 115). Bueno está, pero lo cierto es que los filósofos lo vienen haciendo desde los orígenes y lo han convertido en toda una tradición. Aboga el autor porque la educación incluya la filosofía en sus currículos, pero “desde los tres a los 80 años” (página 261), escribe con evidente expresión retórica. Por otra parte, la idea no es nada nueva en él, así como su inclinación por “la historia de las ideas” (página 170), que considero hartamente discutible en Secundaria. Valora muy positivamente la introducción de la Ética de modo obligatorio en cuarto de Secundaria y la considera una novedad de la LOGSE, pero insiste en que “la formación moral del estudiante es tarea que desborda claramente las competencias de una asignatura” (página 103). De acuerdo, creo que nadie ha pretendido nunca hacer



otra cosa, pero de todas formas de la ética va quedando poco ya, así que se pueden ir buscando vías para conservar lo que tenía de positivo.

En el capítulo quinto García Moriyón estudia la *evaluación* y la *calificación*. Se trata de evaluar lo que se ha enseñado, que en el alumno se traduce en aprender a hacer filosofía. Por tanto, se evalúan procesos y no resultados. Igualmente tampoco se puede calificar desde cualquier criterio y menos desde uno sólo. En concreto, propone como pruebas de evaluación la disertación y el comentario de textos: “son dos instrumentos indispensables de la evaluación del aprendizaje filosófico” (página 243).

Por fin, este trabajo concluye dedicando un capítulo a lo que ha sido la base e impregnación de todo el contenido y los análisis que se han realizado, el proyecto de filosofía para niños. Se muestra escéptico ante las intenciones que expresamente se han asignado a la filosofía: “encontrar el sentido de la vida” (página 286) y cambiar “el mundo en el que vivimos” (página 289). Sólo cabe ofrecer algunas orientaciones para tareas tan fundamentales.

En definitiva, este es un libro con el que hay que contar y que podría abrir una vía necesaria para que el profesorado de Secundaria se animara a contar sus experiencias de aula. Todos ganaríamos con ello.